

MARTA ÁLVAREZ IGUAZEL SERÓN



minotauro LABERINTO

MARTA ÁLVAREZ E IGUAZEL SERÓN

**SEDA
BLANCA,
FUEGO
MALVA**

minotauro LABERINTO

Seda blanca, fuego malva

© Marta Álvarez, 2023

© Iguazel Serón, 2023

Diseño de cubierta: Cover Kitchen
Mapa y genealogías de Fernando López

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1473-8

Depósito legal: B. 2363-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook / Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Aiya

—*Templo del Sol*—

—No te preocupes, todo irá bien.

Proteger y defender. Ese es el mantra que le enseñaron a Aiya cuando tomó los hábitos de monje a los siete años. Su deber es que los demás mantengan la calma, incluso cuando ella esté temblando como una salamandra recién nacida. Bueno, si es sincera consigo misma, ahora solo le falta escupir fuego por la nariz para convertirse en una. A su espalda, su amiga Rin se agazapa cerca del suelo y, al frente, una mole humana las aterroriza a ambas. Sin embargo, todos los monjes del templo del Sol saben que el tamaño es irrelevante.

Una zarpa la agarra del brazo y la levanta en el aire como si fuera una muñeca. La sacude tanto que la explanada de tierra rubia que los rodea se transforma en espirales. Cuando por fin se detienen, distingue unos ojos ancianos juzgándola en la distancia.

«Piensa, Aiya. ¡Piensa!».

Trata de ignorar el dolor y concentra todo el calor del entorno en su piel, permitiendo que la energía fluya a través de ella. Como siempre, su corazón se agita, y un segundo después, una llamarada explota en la palma de su mano y obliga al gigante a soltarla. Aiya cae de culo y aprovecha para revolver la arena a sus pies y así crear un pequeño torbellino de polvo y

piedrecitas con sus sandalias. Después, lanza un puñado de diminutos granos blancos al aire.

La nube se cuela por la nariz de su contrincante, que empieza a toser como un loco. Aiya sonríe, victoriosa. A su alrededor, varias voces se solapan: «¡Buen trabajo!», «¡Menuda paliza!».

Pero una suena mucho más alta que las demás:

—¡Suficiente!

Su maestra, una monje de avanzada edad que se yergue musculosa, con el pelo cano atado en una alta coleta de caballo, los observa con los brazos cruzados. Sus labios se cierran en una línea recta, y sus ojos juzgan a Rin, que trata de sacudirle a Aiya la arena de la parte de atrás de su uniforme.

—Tao, ¿te encuentras bien? —pregunta, con más severidad que preocupación.

El joven vuelve a toser y levanta un dedo acusador hacia Aiya.

—¡Eso ha sido juego sucio! ¡Maldita cobarde!

—¡No podía hacer otra cosa! Y mi protegida estaba en peligro, así que yo...

—¡Me has tirado arena a los ojos!

—No tenía...

—¡Suficiente! —repite la anciana. Espera, callada, hasta que Aiya, Tao y Rin regresan con el resto del grupo. Ahora no son más que aprendices del templo del Sol, pero dentro de poco tendrán el honor de prestar un juramento divino ante el Señor Huozai. Sus espíritus y su lealtad quedarán ligados a la isla y, así, se convertirán en los futuros diplomáticos y defensores de las leyes de la región—. Este ha sido el mejor ejemplo de todo lo que un escolta no debe hacer. Es un milagro de Bondad que no hayáis aplastado a Rin en esa danza ridícula que nos habéis enseñado.

Conciliadora, Rin le da un golpecito en el hombro a Aiya. Tao le saca la lengua desde el otro extremo de la fila.

¿Y si le metiera los dedos en los ojos? No, las consecuencias serían aterradoras.

—Nunca podemos dar el combate por perdido, Tao. —La maestra se gira hacia Aiya—. El objetivo de esta lección era proteger. ¿Crees que lo has conseguido?

Rin intenta esconder las manos en las mangas de su camisola, pero todos ven los rasguños causados por los numerosos empujones que, sin querer, Aiya le ha propinado durante la prueba.

Se va a disculpar, pero, de repente, la fila se deshace y sus compañeros se apelonan. Aiya se hace un hueco entre todos, metiendo el codo sin piedad, y al final logra ver qué ha causado semejante revuelo.

Aiya ya conoce esa diligencia, pero no importa cuántas veces la haya visto: es una obra digna de Perseverancia y siempre consigue dejarla sin habla. Dos autómatas tiran de ella, dos delicadas aves de latón bañadas en oro que apenas levantan las piedras del camino en su paso apresurado hacia la pagoda principal del templo. Sus ojos de rubí centellean cuando el conductor aminora la velocidad. El hombre viste una toga rojo ciruela en la que destaca el mismo blasón que hay grabado en oro en los flancos de la diligencia: el fénix de la dinastía Huozai. Lleva el pelo atado en una coleta corta que parece un pincel, y maneja a los autómatas con un pequeño panel de palancas que emite chirridos agónicos. A su espalda, el tejado de hojas de palma de la diligencia cae a dos aguas, pintado de granate. Y aunque la vista de Aiya es excepcional, es incapaz de distinguir quién se esconde tras las rejillas diminutas de las ventanas. Aunque, a veces, no hay necesidad de *ver* si sencillamente *sabes*. Y ella lo sabe: allí viaja el príncipe heredero de Huozai junto a su escolta de confianza. El sueño de Aiya es poder trabajar para él, asesorándole en sus decisiones para con las otras islas de Losbias.

El joven baja con lentitud del vehículo. El silencio a su alrededor es tal que Aiya escucha el frufrú de su vestimenta carmesí. Como su diligencia, el príncipe Hanlu es exquisito y encantador. Su cabello negro, fino, cae en cascada hasta media espalda, salvo por el mechón que se le enreda en una de las plumas de su máscara de fénix. Su rostro, al igual que el de todos los príncipes y Señores de Losbias, es una incógnita para el Imperio, a excepción, claro, de sus familiares más cercanos. Sin embargo, ni siquiera esa máscara es capaz de ocultar los ojos

marrones de Hanlu Huozai, que se detienen un instante sobre el grupo de monjes entre los que está Aiya.

—¿Habrá venido a proponerte matrimonio de una vez por todas? —bromea Lan. Es la única persona de su clase a la que Aiya puede mirar desde arriba.

—¡Lan, no digas tonterías! —Aiya le da un manotazo despreocupado mientras intenta callar a esa Aiya pequeña que vive en su interior y que se muere por saber qué pasaría si formase parte de un escándalo imperial—. Pero es verdad, ¿a qué habrá venido?

—No te enteras nunca de nada, ¿verdad, Ziwei? —pregunta Tao con los ojos en blanco—. Están aquí por el encuentro diplomático en Beongae.

—Claro que me había enterado —replica Aiya, reprimiendo la segunda parte de la frase: «Pero también me había olvidado por completo».

Se dice que el templo del Sol, una pagoda circular de seis pisos, lo construyeron hombres y mujeres que tenían un corazón de fuego. Según las historias, sus auras eran tan ardientes que se alejaron todo lo posible de cualquier vegetación por miedo a reducirlo todo a cenizas. A los monjes y aprendices de Huozai solo los rodean delgadas cañas de bambú, tan altas que parece que intentan acariciar el sol que nutre la magia de ese lugar.

Aiya, Rin y Lan entran las primeras en el edificio, alto y rojo. La última enciende con el dedo los faroles que cuelgan en una hilera sobre la pared.

—¡No iría a Beongae ni por todo el oro de Usura! —protesta, al tiempo que sacude el dedo para apagarlo—. No me gustan ellos ni me gusta su comida.

—Yo creo que podría ser una buena oportunidad... —murmura Rin, que sigue frotándose las manos rasguñadas.

Y ahí termina la conversación, porque uno de los maestros señala hacia el aula más cercana y ellas entran, silenciosas y obedientes. Buscan sitio entre sus compañeros, esquivando los hilos de seda granate que cuelgan de los faroles encendidos del techo. Aiya y sus amigas ocupan los lugares más cercanos a las ventanas ovaladas y esperan a que el resto de los monjes acuda.

Cuando allí no cabe ya ni una luciérnaga, una monje alta como una columna entra con inesperada elegancia. Tras ella, dos hombres rechonchos y poco amigables escoltan al príncipe Hanlu, que no levanta la mirada del suelo, ni siquiera cuando se sienta en un cojín y cruza las manos sobre el regazo.

Cuando la mujer alta habla, no se escucha ni una sola respiración. Habla de la guerra civil de Losbias y de cómo convertirse en monje es una gran responsabilidad. Les recuerda lo afortunados que son por haber sido bendecidos por la magia de la deidad Sheng. Sus amplias mangas susurran con suavidad cada vez que cruza los brazos en un gesto apremiante, como si tuviera mucha prisa por marcharse. Y seguramente así sea, porque los dos monjes que escoltan al príncipe Hanlu tienen la cara más amargada que Aiya ha visto nunca. Se distrae también con sus cejas gruesas y lo mucho que se parecen a un par de oruguitas.

—... es el encuentro diplomático más importante de los últimos cincuenta años, y queremos que Huozai tenga la representación que merece. Al mismo tiempo, buscamos ofrecer a los estudiantes del templo la posibilidad de tener una experiencia diplomática real. Es una oportunidad sin precedentes.

Aiya observa de reojo cómo Lan retira la vista hacia las ventanas, y también detecta a varios compañeros agachando la cabeza. Comprende sus dudas. Los huozis no son muy populares más allá de sus fronteras y, de las cinco islas de Losbias, seguramente Beongae sea la peor para hacer amigos.

Sus compañeros tienen miedo porque el príncipe Hanlu y su familia apenas tienen vida fuera del palacio, y mucho menos fuera de Huozai. Y tienen motivos. Un viaje a Beongae, a la

capital del Imperio, sería una ocasión ideal para una emboscada, ¡o para que alguien te intente apuñalar mientras duermes! Por no hablar de la travesía por la Corriente de la Tortuga. Los pies de Aiya nunca han abandonado la tierra firme.

Pero no puede ignorar la llamita, esa diminuta flama en su garganta que le dice que esta es su mejor oportunidad para salir de los dominios del Sol y conocer a gente nueva, descubrir otras culturas y, además, aprender cómo hacer su trabajo. Incluso si tiene tanto miedo como el resto de sus compañeros.

Centra su atención en el príncipe. Tras la máscara, es un completo misterio. Podría ser hasta otra persona, un impostor. Pero no, sus ojos marrones inconfundibles la saludan un instante, antes de regresar a la espalda de la portavoz. Aiya tiene muchas ganas de acercarse a tocar las plumas del fénix. ¿Realmente queman, o es solo una leyenda? Tal vez durante el viaje pueda hacerle un placaje y, con la excusa, rozar...

—No obligaremos a ningún alumno a unirse, tenemos monjes juramentados de sobra. Pero quienes deseen servir a palacio y aprender, podrán marcar su nombre en esta lista.

La mujer deposita un grueso pergamino enrollado sobre la mesa. El príncipe Hanlu se levanta al mismo tiempo y Aiya inclina la cabeza automáticamente, como el resto de sus compañeros. El joven heredero parece una estatua. Sin mediar palabra, desaparece.

Cuando los estudiantes se quedan solos, se produce una explosión de comentarios y voces y pasos apresurados que corren de un lado a otro. Los más jóvenes ni siquiera levantan el culo del suelo. Tampoco lo hace Lan, que suspira. Pero Aiya tiene otros planes, así que intenta abrirse paso entre un grupo de chicas que comentan en susurros si el viaje les permitirá acercarse más al heredero. Cuando alcanza la mesa, se queda quieta, observando el lugar en el que hasta hace un momento estaba el príncipe Hanlu. Esa distracción hace que, cuando alguien le da un golpe en la espalda, se estampe contra la pared más cercana.

—Siempre hay que estar alerta, Ziwei.

Tao y dos de sus amigotes más inaguantables se ríen y marcan sus nombres en el pergamino. La chica le arrebató la pluma al que parece una caña de bambú y busca su nombre a toda velocidad.

—No van a querer que alguien tan torpe y cagueta como tú se acerque al príncipe Hanlu —se mofa Tao—. Imagínate que le arrancas la máscara sin querer. Tendrían que matarte.

Aiya intenta no inmutarse y hace la cruz más bonita que ha dibujado en su vida.

—En realidad no creo que sea capaz ni de sobrevivir al viaje —insiste el otro—, es un peligro para sí misma. Se caerá por la borda. Y ya sabes lo que dicen de los monjes ameagis: si alguien se queda atrás, siempre miran hacia delante.

—Solo estáis molestos porque Aiya siempre os gana en los combates —Rin se acerca a ellos y Aiya se sonroja, agradecida—, así que tened cuidado, no vayamos a tener que salvaros durante el viaje.

Los chicos hacen una mueca de disgusto, pero se marchan.

—Gracias. —Aiya sonríe y se aparta de la mesa—. Aunque en realidad sí que tengo miedo de no estar a la altura.

—Siempre estás a la altura, Aiya. ¿Quién fue la que se coló en la cocina el año pasado para llevarle a Lan panecillos recién hechos cuando enfermó? ¿Quién es la mejor escaladora del templo? ¿Y quién rescató a Hoxu hace unos meses?

Aiya, que hasta ahora sonreía orgullosa, se pone blanca. Se lleva las manos al cabello corto y está a un gesto de arrancarse los pelos del flequillo.

—¡Hoxu!

Rin levanta un dedo para hablar, pero Aiya no le da tiempo a decir nada. Se tropieza con el maestro que vela en la puerta y le pide perdón varias veces mientras lo escucha gritar que no corra por los pasillos.

Cuando llega a su dormitorio, Aiya se descuelga por la ventana y, a riesgo de comerse el suelo, salta. Aterrizó con cuidado sobre la arena. Con los dedos en el interior de la boca, silba. Es casi imperceptible, pero pronto un gorgorito tímido suena sobre

su cabeza y un animalillo, rechoncho y con plumas carmesíes, revolotea hasta colocarse delante de ella.

—¡Hoxu!

Saca unos guantes de uno de sus bolsillos y se los pone antes de acariciar al animal. La criatura se revuelve hasta ponerse panzarriba, y Aiya sonrío. Lo atrapa de las patas y juega con ellas, provocando un ronroneo de felicidad.

Aiya encontró a aquel bebé flaminaara solo, cerca del templo. Cuando comprobó que su familia no regresaría jamás, lo adoptó. Las mascotas están prohibidas en el templo, pero Hoxu no es su mascota, se dice Aiya, es un flaminaara libre que vive entre la arena, donde su larga cola absorbe el calor y los nutrientes de la tierra.

¡Aunque casi se le había olvidado darle de desayunar! Saca una semilla de girasol de uno de los pliegues de su uniforme y Hoxu la agarra con el pico. Parece contento, hasta que sus ojos enormes se abren y baja las orejas con miedo.

Aiya contiene la respiración cuando escucha a alguien dejarse caer con habilidad a su lado. Se vuelve hacia el recién llegado.

—¿Sin la máscara en público... , príncipe?

Hanlu Huozai es bonito como un lirio. Sus ojos castaños y grandes tienen algo de animal salvaje, y eso hace que sea mucho más fácil sentirse intimidada cuando el príncipe no lleva la máscara. En sus labios, rosa melocotón, se forma una sonrisa. Aiya la corresponde inconscientemente.

Igual que a Hoxu, a Hanlu lo conoció por casualidad.

Aiya estaba entrenando por su cuenta, alejada del templo, cuando oyó los gritos y decidió seguirlos. Estaba asustadísima, pero también sabía que su deber como monje implicaba acudir a quien necesite una mano amiga. Y así, descubrió a un chico algo mayor que ella rodeado por tres salamandras.

Aiya enmudeció al ver su rostro: parecía esculpido con todo el mimo de las cuatro Virtudes, incluso a pesar del miedo que tenía sus facciones en ese momento. Quien entiende de animales sabe de sobra que las salamandras en grupo no suponen ningún peligro, pero él, evidentemente, no tenía ni la menor

idea. Así que Aiya se apiadó del desconocido y espantó a los reptiles, con cuidado de no asustarlos.

Cuando por fin se quedaron a solas, el joven se arrodilló a sus pies, le dio las gracias y balbuceó que a partir de ese momento tenían una deuda pendiente.

A Aiya le parecía raro que ese muchacho, que empezó a visitarla de vez en cuando, supiera tantas leyendas de reinos lejanos, hablara el idioma del Continente, que le sonaba a trabalenguas, y conociera muchas historias que la ayudaban a dormir mejor. Pero nunca sospechó de él. Para cuando Hanlu le desveló su identidad, ya eran amigos.

«¿Cuál es la pena por contemplar el rostro de un príncipe?», pensó aterrada. En el fondo lo sabía: la muerte. O peor aún, el castigo más grave que se le podía imponer a un losbita: el deshonor y el destierro.

Así que Aiya mantuvo el secreto, y también Hanlu. En realidad, lo habrían hecho aunque no hubiera habido castigo en juego. Les gustaba poder verse así, al margen del resto del mundo.

—Es más fácil pasar desapercibido así, ¿no crees? —replica Hanlu, y gatea hasta ella—. ¡Un flaminaara!

Estira la mano desnuda hacia el animal y, aunque Aiya trata de advertirle, el chico acaricia la cabeza del ave, que mueve los bigotes con gusto.

—¡Lo has tocado sin guantes!

La piel de los flaminaara es tan peligrosa como sus dientes. Incluso para alguien como Aiya, que posee la bendición del Sol y el calor, es imposible rozarlo sin protección. Pero después de tanto tiempo siendo amigos, debería haber sabido que, aunque el fuego pudiera quemar la piel de Hanlu, su cabezonería lo libraría de ello. Cuando trató de alejarse de él por temor a las represalias, solo consiguió que el príncipe la siguiera en sus escapadas prohibidas desde su palacio hasta el templo del Sol. Vestido con ropas del servicio y encantador, fue capaz de ocultarse y evadir parte de sus responsabilidades. Así que al final, Aiya se rindió.

—Mi alma está hecha de fuego, ¿recuerdas?

Hanlu se da un par de golpecitos en el pecho, donde se esconden sus tatuajes de Señor del Sol. Tiene otros en los hombros y en los brazos, como Aiya. La joven monje se contiene para no agarrarlo de las muñecas y examinar sus venas y comprobar si son diferentes a las de ella, si el fuego y el Sol corren por su interior, como se dice de los Huozai.

—Oye, te habrás apuntado, ¿verdad?

Aiya asiente, cabizbaja.

—Pero luego he pensado que nadie va a cuidar de él mientras estemos fuera, y es demasiado pequeño para buscar semillas por su cuenta.

Hanlu sostiene al animal y lo acaricia, distraído.

—Puedo llevarlo yo a Beongae —Hoxu revuelve las plumas de felicidad, como si entendiese sus palabras—, nadie puede decirme que no.

—Pero...

—Seguro que le gusta viajar. Y tranquila, cuando termine, te lo devolveré. Tendré que ausentarme del encuentro para poder estar aquí durante el festival de Suiren.

El flaminaara gorjea agudo para mostrar su acuerdo.

—¿Harías eso? Es un incordio, y...

—Me salvaste de unas salamandras hambrientas, es lo mínimo que puedo hacer...

Aiya sonríe y acepta el trato. Se quedan sentados en la arena, hablando y jugando con Hoxu mientras el templo bulle de energía a sus espaldas. En algún lugar, una monje alta se vuelve loca buscando a su príncipe. En el otro extremo de la pagoda, dos amigas suben al dormitorio y lo encuentran vacío. Y mientras tanto, Aiya y Hanlu hacen planes para su viaje. Será, tal vez, la reunión diplomática más importante a la que ella asista jamás. Dieciséis años después de la masacre del templo de la Tormenta, por fin ha sucedido: a finales de primavera, Losbias reabrirá sus fronteras al Continente de más allá del mar.